

// Por Mariana Santángelo, profesora de Filosofía (UBA)  
y docente de Teoría de la Arquitectura en la Universidad Nacional de La Plata. //

# CIUDAD, ARQUITECTURA Y DICTADURA

En los últimos años ha crecido la atención sobre las marcas que el terrorismo de Estado dejó en un sinnúmero de sitios, barrios, calles y edificios desperdigados por todo el territorio nacional. Escenarios del poder desaparecedor desplegado por la dictadura a partir de 1976, en la terca permanencia de sus muros siguen presentando el desafío de encontrar el modo en que se conviertan en índices de memoria de lo sucedido, incluso cuando se los intenta dotar de nuevos significados y habitar con actividades que generen un debate sobre ellos mismos y sobre una serie histórica y política que también se conecta con nuestro presente (el caso de la ex ESMA quizás sea el más famoso). Sin embargo, la relación del último gobierno militar y las formas construidas, arquitectónicas y urbanas, puede rastrearse desde otra perspectiva en las propias obras públicas con las que explícitamente intervino en la ciudad. Poniendo el foco en estos objetos y proyectos se abre un rico panorama que no soporta las lecturas sin mediaciones. Así, preguntarse por el repertorio arquitectónico, por los estilos o por los ordenamientos urbanos elegidos por la dictadura para “expresar” su “ideología” quizás sea un

callejón sin salida. Sin hacer una lista exhaustiva y sólo circunscribiéndonos a la Ciudad de Buenos Aires, las intervenciones realizadas durante el período demuestran la indudable profundidad de la transformación deseada y finalmente ejecutada por el gobierno militar, pero también revelan que la relación entre los programas arquitectónicos y urbanos y el orden político no es en absoluto clara o directa.

A partir de 1976 se construyeron autotopistas que rompieron la trama de la ciudad y supusieron la expropiación y la demolición de numerosas viviendas como también la toma de deuda externa que la ciudad tardaría décadas en pagar. Fueron proyectadas una gran cantidad de plazas (muchos de cuyos nombres fueron elegidos de un siniestro panteón que sólo hace poco comenzó a modificarse: la Plaza Aramburu, la Plaza Lonardi, la Ramón Falcón, etc.), que demandan una mirada distinta en torno a los “sanos espacios verdes” y al ecologismo de índole conservador que despunta en estos años, como respecto de los usos del tiempo libre que eran alentados por la dictadura. En ese mismo sentido fueron construidos parques recreativos y deportivos, como el

Sarmiento, o de diversiones, como el famoso Interama, emplazado en Villa Soldati. Por su parte, la infraestructura realizada para el Mundial '78 resultó uno de los ejemplos más paradigmáticos de las obras hechas durante la dictadura: desde los estadios de River Plate y Vélez Sársfield, pasando por los hoteles Libertador y Bauen, hasta el conocido edificio de Argentina Televisora Color, cuyo planteo arquitectónico sumaba la novedad de un techo-terracea inclinado que se incorporaba a la ciudad y promovía –según la memoria descriptiva del proyecto– el uso intensivo de ese “espacio público”. En una ciudad que, como señalara Pilar Calveiro, había llevado el poder concentracionario incluso fuera de los centros clandestinos, resulta complejo pensar los alcances o sentidos de esa propuesta. Por otra parte, muchas de estas obras fueron promovidas por el EAM '78 (Ente Autárquico Mundial '78), señalado ya en aquellos años por su falta de transparencia (las obras carecieron de concursos públicos), sus presupuestos siderales y hasta por el nunca esclarecido asesinato del general Actis en 1976, su primer director tras su creación. También el Centro

Cultural Recoleta, territorio que paradójicamente los años de la recuperación democrática harían conocido, fue construido durante la dictadura. Debe recordarse que las obras comenzaron tras el desalojo de los ancianos del asilo que allí existía, medida que puede leerse en sintonía con la decisión del intendente militar de “limpiar” la ciudad. Menos fácil resulta, sin embargo, pronunciarse sobre la relación entre las formas elegidas por Clorindo Testa –su arquitecto– para su proyecto y el carácter autoritario de esas mismas políticas municipales. Otras obras de gran escala fueron la nueva terminal de ómnibus de Retiro, el ensanche de avenidas, la construcción de estacionamientos subterráneos, e incluso el traslado de frigoríficos y el equipamiento relacionado con los residuos de la ciudad, en el marco del proyecto de devolverle a Buenos Aires su carácter residencial y excluir de su perímetro las actividades industriales o consideradas poco higiénicas. Por último, dentro del Plan 60 de escuelas municipales, se realizaron las aún famosas “escuelas de Cacciatore”, con ladrillo visto y amplios ventanales, de plantas “flexibles y modernas”.

Si nos referimos a los ejemplos estrictamente edilicios de la anterior enumeración, es innegable la dificultad que encontramos en ver cómo ciertos lenguajes y materiales podrían “representar” o “mostrar” el carácter dictatorial del gobierno. En muchos

casos la dictadura quedó vinculada con la tradición modernizadora que dentro de las disciplinas del construir hacía tiempo se venía desarrollando, y que en muchos casos hasta había tenido su capítulo de compromiso social. En ese sentido, para poner un ejemplo, las lecturas que se han hecho sobre el “autoritario y gris hormigón” de la Plaza Houssay (reformada en aquellos años) pecan de simplistas, pues el mismo material o la misma tipología

no militar encuentra un capítulo bien singular y que excede ciertamente el tablero del arquitecto o del urbanista.

Lo que sí resulta indudable es que la dictadura –más allá o más acá de los lenguajes que primaron en lo que construyó– tuvo efectivamente una voluntad de ordenar la ciudad, y llevó adelante políticas públicas y urbanas que se supeditaron al dictum excluyente de su entonces intendente: a la ciudad se la merece. Así, la liberaliza-

## LA RELACIÓN DEL ÚLTIMO GOBIERNO MILITAR Y las formas construidas, arquitectónicas y urbanas, puede rastrearse desde otra perspectiva en las propias obras públicas con las que explícitamente intervino en la ciudad. Poniendo el foco en estos objetos y proyectos se abre un rico panorama que no soporta las lecturas sin mediaciones.

de plaza seca habían sido usados en contextos muy diversos. No obstante, sería perezoso (y errado) pronunciarnos por la imposibilidad de vincular las configuraciones arquitectónicas con la realidad histórico-política en la que se inscriben. Así, es preciso tener en cuenta los conflictos que atraviesan a todas las agencias estatales encargadas de realizar estas obras, cruzadas por cuestiones y debates técnicos que no siempre están acompasados con el tiempo político y que sin duda persiguen lógicas propias, pero que también nos recuerdan que la arquitectura no es sólo pasible de ser entendida desde el lenguaje o la retórica más explícita de sus formas sino en la historia de los lotes o terrenos en los que se construye, de las inscripciones institucionales de sus equipos profesionales, de sus técnicas de producción, de sus materiales, de las formas de inversión de sus comitentes, de sus usuarios imaginados y reales. Por esto último sigue vigente la necesidad de ir desatando ese complejo entramado que en el contexto del último gobier-

ción de los alquileres supuso la mudanza de gran cantidad de personas a los cordones del Gran Buenos Aires, de la misma manera que el nuevo Código de Edificación de 1977 persiguió –entre otras cosas– este reordenamiento territorial al modificar sustancialmente la intensidad del uso del suelo. La congestión de la ciudad y su crecimiento poblacional fueron claramente desalentados. Como es sabido, la violenta erradicación de las villas miseria (más de 39 mil familias vieron cómo sus casillas eran destruidas por las topadoras) fue parte central de esta reestructuración del espacio urbano que excluyó a amplios sectores populares que habían sido duramente golpeados y desarticulados por la dictadura. Esta reconfiguración del espacio funcionó casi como un reverso de la apuesta que había hecho el peronismo con esa misma joya porteña: ponerla a disposición de aquellos que nunca la habían disfrutado, pero que sí habían ayudado a construir y a poner en movimiento. 1976 cambió también el reparto de esa ciudad ■